

## C O N T E N I D O

¿A QUIEN LE CORRESPONDE? (Editorial).....	1
LA REFORMA - OBRA DE DIOS.....	3
ESTUDIO BIBLICO.....	6
LETANIA: para jóvenes acerca de los jóvenes.....	12
TESIS ACERCA DE LA JUSTIFICACION.....	14
CAUSAS DE LA REFORMA (Continuación).....	22
SERMON EVANGELISTICO - SERMON LUTERANO.....	33

# SERMON EVANGELISTICO

## -SERMON LUTERANO

### La predicación del evangelio en nuestros cultos dominicales

El tema que se desarrolla en este ensayo puede entenderse de dos maneras diferentes: 1. El sermón evangelístico en contraste con el sermón luterano, ó 2. Sermón evangelístico igual a sermón luterano. Cabe la primera concepción del tema si existen tipos de promulgación evangelística contrarios o ajenos al enfoque bíblico y luterano en la comunicación del evangelio. Es correcta la segunda concepción del tema si existe la posibilidad de anunciar las buenas nuevas de una manera tal que 'sermón evangelístico' y 'sermón luterano' lleguen a ser una y la misma cosa. Nuestra formulación del tema da lugar para ambas concepciones.

El propósito de este ensayo es explorar las dos posibilidades a los efectos de ayudar a hallar el camino hacia una predicación luterana auténticamente evangelística, y una predicación evangelística auténticamente luterana.

A muchos predicadores luteranos, el concepto "sermón evangelístico" les produce cierto malestar. Los hace pensar en la "misión de carpa" de los tiempos pioneros del Far West americano, en la "iglesia electrónica" de la televisión, en las "decisiones por Cristo", en un enfoque exageradamente fundamentalista y simplista de la teología. No faltan razones para tales recelos. Pero ¿cómo veríamos el problema si los luteranos pudiéramos alcanzar a esas multitudes millonarias que escuchan a los predicadores de la TV? ¿Y que si tú fueses un Billy Graham luterano, capaz de llenar un estadio monumental con gente que tiene inquietudes religiosas que qui-

siera ver satisfechas (más aquella mayoría de ya 'regenerados' que acuden para escuchar y crecer espiritualmente)? ¿Qué sería entonces lo peculiar de tus métodos y de tu mensaje? ¿Qué diferencia habría entre el sermón tuyo y el de un predicador evangelístico tipo?

Además: Ya que ni tú ni yo somos Billy Grahams luteranos, por lo que muy posiblemente no tendremos jamás la oportunidad de someter aquellas preguntas a un análisis basado en nuestra actividad práctica: ¿significará esto que la promulgación evangelística es el monopolio de quienes predicán ante concentraciones de miles o millares de oyentes? ¿Soslaya el pastor de una congregación comparativamente (o numéricamente) pequeña la pregunta acerca del contenido y la forma de sus sermones por no considerarla pertinente en su caso?

Hay en las formas popularizadas de la predicación evangelística algunos aspectos que hacen sentirse incómodo al predicador luterano. No es solamente lo aparatoso de muchos programas religiosos televisados, ni el fuerte matiz emocional que suelen tener los mensajes dirigidos a grandes multitudes. Hay otras cosas más en la predicación típicamente evangelística que provocan en nosotros ese malestar, cosas que tienen que ver con la relación entre ley y evangelio. En un sermón típicamente evangelístico, dado por los representantes más populares de este género, figura un catálogo de pecados que ya se puede prever de antemano: homosexualidad, adulterio y fornicación, codicia, egoísmo y tozudez de la juventud de hoy día, alcohol, drogas, materialismo. Básicamente el mensaje es éste: ¡Fíjense cuán malo es todo esto! ¡Toma conciencia de lo malo que eres tú si andas en tales cosas! ¡Y fíjense cuán bueno es Dios que nos provee la respuesta en Jesucristo!

En general, este mensaje parece dar a la ley lo que es de la ley y al evangelio lo que es del evangelio. Sin embargo, todo esto suena casi demasiado "lindo". En primer lugar, la predicación evangelística de este tipo se dirige a un auditorio general, mencionando pecados generales, para los cuales se exige un arrepentimiento general y se ofrece un perdón general basado en un evangelio generalizado. En segundo lugar, el sermón parece describir un grupo abstracto de pecadores. "Éstos" hacen tales cosas y arruinan no sólo su propia vida sino también a su familia, a sus amigos, a la nación. La motivación para que el oyente reaccione correctamente ante ese catálogo general de pecados es

que "ninguna persona que piensa bien las cosas quisiera pertenecer a esa clase de gente". Por lo tanto, el oyente debiera acercarse a la otra clase de gente, a la que seguía por el evangelio, por que allí, "esas cosas" no ocurren.-

En tercer lugar, esta forma de dirigirse a un auditorio no es del todo honesta, pues nadie podrá negar que también en el grupo de los seguidores del evangelio se practican algunas de esas cosas pecaminosas. Y si no son precisamente "esas" cosas, son otras, que no fueron mencionadas en el sermón y que el predicador dejó a un lado por razones de conveniencia: envidia, altanería, falta de compasión y amor, indiferencia en cuestiones de justicia social, y otros pecados del mismo estilo.

En cuarto lugar - y esta es la carnada que se emplea en este método -: Los que prestan oídos al llamado del predicador, pueden tener la certeza de que triunfarán en la vida, porque son personas privilegiadas que obtendrán éxitos palpables : El evangelio los librará de problemas conyugales y familiares, de fracasos laborales, de insatisfacción en sus relaciones sexuales, etc. - por supuesto, con esta salvedad: "si tienes fe..." Si no tienes una fe lo suficientemente fuerte, tampoco tendrás éxito. Pero esto no es una falla de Dios ni del predicador. ¡Es una falla tuya, hombre de poca fe!

Va sin decir que la descripción de la predicación evangelística y del predicador evangelístico que acabamos de esbozar, es una descripción harto generalizada, y posiblemente no del todo correcta en más de un aspecto. No obstante, esta generalización contiene la dosis suficiente de verdad como para que se pueda comprender por qué los más de los predicadores luteranos titubean en adoptar el método de predicación evangelístico tal como se lo suele entender comúnmente.

Claro: tú y yo no tenemos que ver con predicación evangelística, así que al fin de cuentas no es problema nuestro. ¿O es también problema nuestro? Me figuro que cada domingo tenemos que ver con este problema. Además, "predicación luterana" y "predicación evangelística" debieran ser sinónimos, y esta sinonimia debiera reflejarse cada vez que subimos al púlpito. Y con esto hemos llegado al tema que nos propusimos desarrollar en este trabajo.

Comencemos por recalcar una vez más que la tarea primordial de un predicador luterano es proclamar el evangelio, la buena nueva. "Evangelio" es la raíz de donde proviene el término "evangelístico". Al que anuncia la buena noticia se lo define como "evangelista". No se debiera predicar ningún sermón que no contenga un claro énfasis

evangelístico. En efecto, esto es la meta de todo sermón, y al mismo tiempo la única razón por la cual tú y yo podemos llamarnos ministros del evangelio. El mundo cuenta con un gran número de psicólogos, psiquiatras, obreros sociales y filósofos. Si nuestro ministerio consiste en esto: en desempeñarnos como aficionados en algunas de estas disciplinas, entonces debiéramos renunciar al ministerio y tratar de adquirir las calificaciones necesarias para poder trabajar como profesional en el campo de la psicología o lo que fuere. Nuestro servicio es un servicio prestado al evangelio, y este evangelio se proclama en forma claramente perceptible desde el púlpito, aunque no puede ni debe ser limitado al púlpito.

Al decir que en nuestro oficio de predicadores somos proclamadores del evangelio, damos expresión al hecho de que en realidad somos predicadores evangelísticos. ¿Qué significa esto para un predicador luterano? Una manera de encarar esta pregunta sería echar un vistazo crítico a nuestros sermones.

Tiempo atrás, el autor de estas líneas planteó esta cuestión a los pastores de la Iglesia Luterana - Sínodo de Misuri en un opúsculo (Richard G. Kapfer, 'Helpers of Joy': Applying the Gospel to Life, St. Louis, Concordia Publishing House, 1978, pág. 8) agregado a la edición 1978 del "Concordia Pulpit". Las mismas preguntas formuladas en aquel entonces vienen al caso también en el marco del presente trabajo.

En la última de sus 25 Tesis respecto de la Ley y del Evangelio, el Dr. C.F.W. Walther declara: "La palabra de Dios no es dividida correctamente... si el predicador no da preeminencia general al evangelio" (C.F.W. Walther, "La distinción correcta entre la Ley y el Evangelio", St. Louis, CPH, 1928, pág. 403). En otro pasaje, Walther afirma: "Un predicador neotestamentario como tal tiene que predicar el evangelio, y nada más. Al predicar la ley, realmente está desempeñando una función ajena" (Op. cit. pág. 405). Y al hacer un comentario sobre el texto 2 Corintios 1:24: "No que nos enseñoreemos de vuestra fe, sino que colaboramos para vuestro gozo; porque por la fe estáis firmes", Walther dice en tono insistente: "¡Recuerden bien esta palabra del apóstol! Cuando ustedes lleguen a ser ministros, llegan a ser "colaboradores para el gozo de los cristianos". ¡Por amor de Dios, no lleguen a ser ministros que angustian y torturan a los oyentes, llenándolos de incertidumbre y haciendo que salgan de la iglesia con el corazón apesadumbrado!... Tengan la plena certeza de que su método es el indicado, porque lo que de ustedes se espera

es que sean colaboradores para el gozo de los cristianos, no que les apliquen el tormento de la ley" (pág.407).

¡Échele una vez más un vistazo a su sermón! Lo que fue puesto de manifiesto por la ley, debe ser removido, no simplemente tapado, por el evangelio. Ningún pecado debe quedar suspendido en el aire, ninguna culpa debe ser pasada por alto, no se debe permitir que permanezca punto muerto alguno en el camino de la santificación.

Otra pregunta: ¿Aparecen algunos de los así llamados "imperativos evangélicos en su sermón?" "Imperativos evangélicos" no es más que un sinónimo de legalismos y moralismos, a menos que se presente en forma clara el poder del evangelio que capacita al hombre a responder al imperativo.

Hay algo que llama nuestra atención cuando leemos las preguntas precedentes : Ellas inducen al predicador a interrogarse a sí mismo acerca de cómo aplica él la ley y el evangelio a sus oyentes, teniendo en mente que la predicación evangelística apunta no sólo a la conversión sino también a la santificación. Dicho con otras palabras: El evangelio tiene poder no sólo para llevarlo a uno a al fe, sino también para conservarlo en la fe, equiparlo para el servicio, y conducirlo por sobre las dificultades y situaciones de conflicto o estancamiento del diario vivir a la vida nueva que Dios tiene preparada para nosotros.

El problema mayor de la típica predicación evangelística no luterana, dijimos, es que tiene un concepto demasiado generalizado del pecado y de la gracia. En cambio, el problema mayor de la predicación típicamente luterana (que debiera ser una predicación evangelística) es que no alcanza a ver las implicaciones que tiene el complejo Ley-Evangelio para la vida entera tanto del no-cristiano como también, y especialmente, del cristiano. Cabe suponer que al culto dominical de cualquier congregación asisten personas de ambos sectores: creyentes y no-creyentes. No podemos tratar a los creyentes como si fuesen incrédulos, ni tampoco podemos tratar a los incrédulos como si fuesen creyentes. Pero lo que sí podemos hacer es hablar con palabras claras del malestar básico del pecado que los envuelve a ambos, y del poder vivificador del evangelio que ambos necesitan.

Dicho de otra manera: sostenemos que en toda persona hay una impotencia básica que la predicación luterana 'evangélica' puede identificar. Frente a los no regenerados, nuestra tarea es sacar a la luz esta impotencia para que descubran el efecto mortífero del pecado. Y frente a los regenerados tenemos que empeñarnos en identificar, en bien de ellos y en compañía de ellos, la evidente impoten-

cia en que nos hallamos también los cristianos a causa de la terrible fuerza del pecado.

En segundo lugar sostenemos que en el evangelio reside un poder capaz de socorrer directamente a esta impotencia. ¡El evangelio es algo dinámico! Una presentación del evangelio que se limita a describir qué es el evangelio, no puede llamarse una proclamación correcta del evangelio. Es muy cierto: el evangelio es poder de Dios para salvación (Ro.1:16). Muy cierto es también que el evangelio es la buena nueva de la salvación, visibilizada en la vida, muerte y resurrección de Jesucristo. La verdad del evangelio aparece sintetizada en Juan 3:16. La proclamación empero revela la impotencia específica que el pecado causa en el ser humano, y luego revela el "escándalo" del evangelio, incomprensible a la razón, para esta necesidad específica.

En su libro "Preaching for the Church" (Concordia Publishing House, St. Louis 1959), el Dr. Richard Caemmerer hizo un inapreciable aporte a la homilética luterana mediante su fórmula: "Meta - Enfermedad - Remedio". Todo texto de sermón, afirma el Dr. Caemmerer, contiene en forma explícita o implícita, a partir de la "analogía de la fe", cada uno de estos tres elementos, razón por la cual también cada sermón debiera contenerlos. El sermón debe encaminarse hacia una meta específica para los oyentes. Esta meta debe ser tan definida como lo es el texto mismo. Dada la omnipresente y terrible realidad del pecado, todo sermón debe identificar y desenmascarar la Enfermedad - ese pecado particular que es puesto de manifiesto por el texto y que es un escollo en el camino hacia la Meta que Dios tiene fijada para el oyente. Y como paso final, todo sermón debe suministrar al oyente el Remedio, el poder del evangelio para que pueda superar la Enfermedad y llegar a la Meta.

En el ya mencionado escrito "Helpers of Joy: Applying the Gospel to Life", descubrimos no sólo lo que el evangelio es, sino también lo que el evangelio hace, bajo los siguientes títulos:

1. El evangelio consuela a los desconsolados.
2. El evangelio nos ayuda a vencer situaciones de crisis en nuestra vida.
3. El evangelio es un poder que nos capacita para hacer un nuevo comienzo.
4. El evangelio es el Sí de Dios a los NOes de nuestra vida.

Sin duda se podrían enumerar algunas categorías más, pero las aquí mencionadas son las fundamentales, son las que tanto el cre-

yente como el incrédulo tiene ante sí día tras día. Todas ellas señalan barreras en la vida que obstaculizan el avance, y resultan en una confrontación con el estado deplorable del mundo caído en pecados. Las cosas no debieran ser así, pero por desgracia son así. La vida está llena de impedimentos de esta clase, que parecen surgir a cada rato y sin preaviso.

Un claro ejemplo, que contiene todos estos cuatro elementos, se halla en Isaías 40:1-11, que figura como texto para Adviento en diversas series de perícopas. Por supuesto, un pasaje tan extenso encierra muchas verdades. Una manera de desarrollar el texto, y la que evidentemente destaca la meta principal, sería enfocar el v. 8: "Más la Palabra del Dios nuestro permanece para siempre". El propósito de las palabras de Isaías es llevarnos a la convicción de que la Palabra de Dios es eterna y segura, de modo que podemos depositar en ella toda nuestra confianza. El problema, o la Enfermedad, es que nos resulta difícil confiar en esta palabra. Los vv. 1 y 2 hablan de consuelo (consolación para los desconsolados). Los vv. 3 a 5 hablan de la venida del Señor (remover los obstáculos, traer solución para los "puntos muertos" en el camino). El v. 9 habla de buenas noticias (nuevo comienzo). Y los vv. 10 y 11 mencionan el gobierno y el cuidado de Dios (la superación de los NOes de nuestra vida). Sin embargo, por más que Isaías anhele todas estas cosas, su situación es la de un vencido: "Voz que decía: da voces. Y yo respondí: ¿Qué tengo que decir a voces? Que toda carne es hierba, y toda su gloria como flor del campo. La hierba se seca, y la flor se marchita." ¿Acerca de qué he de predicar? ¿Cuál ha de ser mi mensaje? Vivimos debatiéndonos con la muerte y con derrotas, con dolores y angustias. Somos vulnerables. Somos impotentes. Siempre estamos a punto de caer vencidos. Podemos imaginarnos que a las palabras "sécase la hierba, marchítase la flor" sigue una larga pausa, cargada de lúgubres reflexiones.

No obstante, con silencioso cuidado, con pertinaz amor, con señales de esperanza, con destellos de gracia, surge de pronto el evangelio: "Más la palabra del Dios nuestro permanece para siempre". ¿Por qué? Porque Dios "hace algo". Dios viene (Remedio) al mundo con Jesucristo para consolarnos personalmente (vv.1-2) y para levantar las barreras, a fin de que podamos verle con nuestros propios ojos de la fe (vv.3-5). Él transforma nuestra desesperación en gozo y nuestra vieja vida en una vida que comienza lozana y nueva (v.9), y dice su Sí a todas nuestras necesidades de poder y efectividad (v.10 y 11).

Cada predicador desarrollará este texto, y cualquier otro, a su modo peculiar, conforme a la operación del Espíritu Santo. No

obstante, no hay en las Escrituras un solo texto - siempre que acertemos a darle la exposición adecuada - que no: confronte con la realidad de nuestra impotencia, pero también con la certeza de que tenemos un omnipotente Auxiliador, Jesucristo.

Con esto no queremos decir que cada sermón tenga que ser más o menos del siguiente tenor: "¡Y bien: hemos visto cual es el lugar que Dios ha escogido para tí o qué dones quiere conferirte (la Meta), y hemos puesto bajo la lupa tus pecados (Enfermedades), y además hemos anunciado el evangelio que viene al caso para estos pecados específicos (el Remedio). Ahora todo queda en claro. Vete en paz, pues esta enfermedad ya dejó de existir! Tal proceder sería falso y engañoso, y muy posiblemente llevaría al oyente a la desesperación.

Antes bien, el mensaje evangélico del predicador luterano aplicará el evangelio específico a la necesidad específica de personas que van creciendo hacia la meta señalada por Jesucristo, pero que no la pueden alcanzar mientras vivan aún en esta tierra.

Lo que el mensaje evangélico del predicador luterano intenta provocar es una reacción al estilo siguiente: "Esto soy yo con toda mi impotencia y pecaminosidad. Esto es Dios para mí con todo su amor y gracia. Así soy libre. Puedo regocijarme a pesar de mis lágrimas. Puedo seguir adelante a pesar de los impedimentos. Disfruto del perdón de Dios, esta fuerza que puede hacer nuevas todas las cosas. Dios es mi Sí que suena más fuerte que todos los NOes en mi vida. ¡Tengo a Cristo! Puedo confiar en la palabra eterna y segura de Dios, dirigida a mí llena de gracia y bondad en y por el Verbo que es Cristo Jesús."

Entendida de este modo, la predicación luterana es predicación evangélica. No es un predicar acerca del evangelio. Es la proclamación del evangelio que es colocado en el marco de este mundo real en que vivimos. De en medio de este mundo real, Dios nos llama mediante la promulgación del evangelio a entrar en el mundo mucho más real aún de su reino. Este llamado se dirige tanto a creyentes como a incrédulos. No debiera pasar un domingo sin que se oiga desde el púlpito luterano esta predicación básica, evangélica, pues el Señor la quiere, y los oyentes la necesitan urgentemente.

Predicación evangélica - predicación luterana: las dos van de la mano.

Richard G. Kapfer en "EVANGELIUM", revista bimestral de la "Hora Luterana", junio de 1982.

Trad. E. Sexauer.